

Sacrificios

Carmen Rodríguez

Día tras día, la suma de todos los sonidos lleva a Silvia al mismo estado. El delirio de buscarle musicalidad a las cosas cotidianas, tenía fundamento en la ocasión que, por sus buenas calificaciones, asistió junto con niños de otras escuelas a un concierto. Era al aire libre y verían a una orquesta sinfónica. Observó atenta como los músicos ocupaban el escenario, los saludos cordiales entre ellos, el bullicio para ubicarse, y como afinaron los instrumentos antes de la llegada del director. Sobra decir el efecto que tuvo en ella; a los once años sólo conocía esa música por referencia, quizá algún breve vistazo en la televisión, o casi como un tropezón al girar la perilla para sintonizar el radio.

En el presente, atrás de ella, se escuchaba el ruido del molino, como si fuera el tremor lejano pero potente de las percusiones. Más cerca, unos solitarios granos de maíz que se habían olvidado, caen a las tinajas, para cumplir su transfiguración en nixtamal. Con mucha imaginación semejan los violines en un pizzicato. La máquina tortilladora chirriando, es un grupo de cellos. Al frente, las personas charlan en la fila; algún perro ladra ostentando ser el poseedor de ese territorio, niños en un partido de fútbol callejero, pelean la posibilidad de un tiro penal. Las primeras tortillas, algo deformes, parecen suplicar que ella las enrolle crudas, con la mano derecha para regresarlas al depósito de masa, después serán tortillas perfectas. Al mismo tiempo con la izquierda controla la tensión y el agua. Se sintió directora de orquesta, todo a su oído se convierte en una pieza musical.

Hace una semana regresó a casa con premura, algo malo le había sucedido a su papá. Dueño de varias tortillerías, intentaron extorsionarlo amenazando de muerte si se negaba a pagar lo que ya se conocía como derecho de piso, o sea, el simple y natural derecho a trabajar; se negó rotundo diciendo que él no mantenía haraganes. A una cuadra de la tortillería principal, la primera que había instalado, lo asesinaron acribillándolo en su auto.

Desde que comenzó a estudiar música, su vida transcurrió en dos mundos, la responsabilidad de ser hija única del magnate tortillero de la región y el anhelo de ser pianista. Su padre deseaba legar a alguien el producto de su esfuerzo, pero los parientes cercanos sólo se acercaban para pedir ayuda económica y lo defraudaban en el trabajo. Además, su esposa, una mujer enfermiza y sobreprotegida, no pudo tener más hijos.

Un día después del sepelio, congregados en el rezo tradicional del rosario, los empleados de las tortillerías miraban con temor y gesto de súplica a Silvia. No dudaban de su capacidad

para llevar el negocio, siempre ayudó a su padre desde pequeña. Más bien temían que se inclinara a proseguir sus estudios de música. El apremio no era circunstancial, supo siempre el destino que parecía ineludible. Para su padre, la música significaba un pasatiempo que le pagaba y le permitía, suponiendo que ante la necesidad volvería al redil; cada fin de semana o en las vacaciones escolares, la tenía con él aprendiendo del negocio.

Y tomó la decisión. Los ruegos y lágrimas de su madre porque, “yo no soy buena ni pa’ los números, ni pa’ nada de esas cosas de hombres” y, “cómo se va a quedar la gente sin trabajo por tu capricho del piano”, la dejó sin otro camino. Esa noche, después de llorar ahogando su llanto en la almohada, para no mortificar a su hipocondriaca madre, eternamente enferma, buscó desahogo. Ya antes había descansado con ese tipo de catarsis.

Aunque era complicado conseguir navajas de rasurar, guardaba una buena dotación. Tomó una, y después de desinfectarla con alcohol, puso su camisón hasta la cintura sentada en el inodoro, procediendo a hacer cortes en sus muslos, esta vez incluso más profundos que otras ocasiones, como para olvidar el pesar de su alma con dolor físico. Al mismo tiempo, tarareaba una mazurca de Chopin que estaba estudiando, dirigiendo en el aire con la mano que tenía la navaja, cada corte se acompañaba de alguna nota apasionada y un gesto de dolor con las notas preciosas de la pieza. Exprimió con fuerza cada herida, se limpió con algodones empapados en alcohol, esperando la coagulación y se retiró a dormir.

~~~~~

Tecuizpoh realizaba la repetitiva rutina de pasar y repasar el metlapil sobre el metatl remoliendo maíz; de la misma forma recordaba los hechos que llevaron su destino a un fatal cambio de un día para otro. Ayer, su señora, esposa preferida de un miembro de la nobleza mexicana, había muerto en batalla, es decir, dando a luz. Como era costumbre la acompañarían al otro mundo parte de su servidumbre y apenas hacía unos momentos, comunicaron quienes tendrían este alto honor.

Todas las mujeres de la cocina anhelaban formar parte del acompañamiento mortuario. Aunque tenían la certeza del destino al morir (desde pequeños lo aprendieron) ella estaba temerosa. Concluyó que tal vez era porque apenas unos días antes le pidió matrimonio un joven que también servía en palacio. Se ilusionó pensando en el futuro al lado de un hombre y ahora sería sacrificada a la mañana siguiente.

Mientras esperaban el anuncio, estaba casi segura de que no estaba entre las elegidas, por el corto tiempo que llevaba sirviendo. Sentimientos contradictorios bullían desde entonces,

pues viva, era indigna aunque siguiera trabajando para la nobleza. Muerta tendría honor, pero acaso, ¿no sintió vibrar su piel al contacto de las traviesas manos de su prometido? Ayer escaparon brevemente de la custodia de la madre en el campo lleno de arbustos; unos cuantos roces de sus manos le provocaron sensaciones desconocidas y placenteras, incluso con una euforia extraña, como cuando los hombres tenían cuatrocientos conejos en su mente por ingerir mucho teometl.

Una piedra determinó su destino. Dos pequeños hijos del señor, al jugar con sus hondas hirieron a la cocinera favorita, justo en el lugar donde se corta el mechón mortuorio; la herida era tan grande, que los sacerdotes consideraron un insulto y mal augurio elegirla. En cambio, la muchacha nueva, tan fresca e inocente acallaría los funestos designios que pudieran venir.

Por última vez palpó la masa. El aplauso rítmico y lleno de energía para extender los sabrosos discos sonó, una a una las tortillas caían en el comal y las volteaba para verlas inflarse con el calor. Se preguntaba si todas esas que se regodeaban de ser elegidas, en verdad no temían morir. ¿Por qué entonces tomaban de manos y pies a los que serían sacrificados? Esto la hizo sentir menos culpable.

Al otro día muy temprano, ya sin el mechón en su cabeza, se había bañado y vestía la ropa indicada. Se dirigió al templo. Uno a uno veía morir a los acompañantes, sus cuerpos iban a dar a la pira donde se quemaban y se elevó una nube negra en el cielo. El olor de carne quemada la asqueaba y su corazón se aceleró con tanta fuerza, que creyó estallar antes de llegar al altar.

Llena de zozobra, con sudor abundante, sus pies la llevaban a su destino. Al llegar, fue colocada en la piedra, llena de sangre de los que ofrendaron antes que ella, alcanzó a sentir el tufo desagradable de la sangre seca en el cabello hecho bolas del sacerdote. “¡Cuántos guerreros y cuántas doncellas dejaron huella en esos pelos asquerosos!”, pensó. Enseguida, la asustó su leve irreverencia.

Al ver acercarse la navaja exhaló un grito profundo, espantoso. Apoyada en sus talones y arqueando la espalda, se sacudió en una pose desconcertante y tenebrosa, inútil su último gesto de preservación. La levantaron en vilo y sin fuerza ya, se desplomó, fue muy rápido y no tan doloroso. Después cerró los ojos, siempre le resultó desagradable contemplar a los muertos quemándose con los ojos abiertos y no quería que la vieran así.

~~~~~

Para Olivia, el único y poderoso motivo que justificaba a aquellas personas pisoteando su hermoso césped era recibir en su casa al CEO de la transnacional en la que su marido dirigía la región Latinoamérica. El visitante francés, en su juventud, fue estudiante de intercambio en México, país del que textual dijo “se enamoró” entre otras cosas, por su gastronomía. Sabía comer picante, aunque señaló “no mucho picoso” y fue muy específico al decir que deseaba una comida típica con trastes de barro y tortillas a mano.

Ahí estaba un ejército de mujeres y hombres instalando cazuelas encima de tlecuiles hechos con tabiques sobre la meseta de tabique rojo barnizado que limitaba la entrada del bello porche. Conectaron un gigantesco comal a un tanque de gas con la pintura desgastada y preguntó si no había manera de cubrirlo, porque afeaba su entrada, la respuesta fue tapanlo con papel caple que consiguió aprisa la encopetada organizadora de eventos.

Una dieta eterna, además de la obstinada negación de sus orígenes, hacía que en vez de tortilla se comiera pan de diversos tipos dependiendo del menú del día. No se consumía comida mexicana con frecuencia en casa. De vez en cuando en viajes o salidas de fin de semana se detenían a comer una quesadilla en algún pueblito polvoriento, pero no era afecta a la comida de su país aunque su cocinera, Rafaela, le hiciera sopes a su marido a escondidas mientras ella quemaba calorías en el gimnasio.

El evento fue un éxito. Al mole, frijoles y otros guisos típicos, se agregaron platillos fusión como las quesadillas de camarón y lasagna de huitlacoche. Los cincuenta invitados, todos altos ejecutivos y sus familias, expresaron el buen gusto, magnífico sazón y el lindo toque típico incluso en las sillas de madera y palma tejida que dieron marco, pero al anotarse un triunfo como anfitriona, lo único en que ella pensaba era cuántas sesiones de gimnasio le costaría a aquellas señoras de esbelta figura, quemar tantas calorías. De las que no estaban en forma, ni acordarse.

Aquella noche, una vez que su marido durmió plácido después de sexo rutinario, que él afirmaba era para dormir más relajado, Olivia se levantó. Llegando a la cocina esperaba Rafaela, ya habían hecho cita para esa noche. Del gigantesco refrigerador, sacó trastes donde había guardado comida del evento, una bandeja con masa y puso manos a la obra. Amasó mientras el comal se calentaba y los guisos se entibiaban en el microondas. Una a una le hizo quesadillas de cada guiso, de tamaño pequeño como solicitara y fritas en manteca de cerdo y acompañó con una enorme botella de gaseosa. Después de un atracón fenomenal (los guisos eran veinte diferentes) Olivia salió de la cocina.

- Señora, ¿quiere que la ayude? –dijo la cocinera, mientras le ofrecía dos trocitos de papel aluminio.
- No es necesario, ve a dormir – Olivia sentía ya un ligero malestar estomacal –sólo ordena la cocina y hecha aromatizante. ¡Apesta a fritanga!

Ascendió la escalera hasta el cuarto de visitas, cada paso suyo era dado con señorío, como le habían enseñado desde niña. Con el televisor prendido en un canal de música, se encerró en el cuarto de baño. Después de amarrar su rubia y abundante cabellera, puso un trocito de papel aluminio en cada fila de dientes adhiriendo firmemente; se arrodilló frente al inodoro e introduciendo sus dedos, índice y medio, empezó a vomitar. Aun no comprendía porque cada vez que realizaba este acto llegaba a su mente la oración del *Yo, pecador*.

Yo confieso ante Dios Todopoderoso. Sus dedos en la garganta.

y *ante vosotros hermanos*. Primera oleada de vómito, siempre la más difícil.

que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Dos oleadas más, abundantes, terribles, como si además de expulsar el alimento arrojara la rutina, la superficialidad,

Por mi culpa. La imagen de su abuela purépecha, grandes caderas y senos, pantorrillas de bronce firmes como columnas.

Por mi culpa. Su madre, piel apiñonada, más esbelta, hija de un extranjero rubio, siempre a dieta y con clases de gimnasia reductiva.

Por mi grandísima culpa. Ella misma. Castaña clara, rubia a punta de tintes, temerosa de que sus formas tendientes a ser voluptuosas crecieran.

Por eso ruego a Santa María siempre virgen, a los ángeles, a los santos... el ardor por los ácidos gástricos, dolor en el pecho, llanto incontrolable mientras retiraba los trozos de aluminio, fue tal la oleada que se movieron de su lugar, va al lavabo y lava meticulosa la boca y los dientes. Deja de llorar. *Amén*.

Al salir, la cocinera esperaba con una botellita de antiácido, y una taza.

- Un tecito de tila señora, sin azúcar –le dijo, mientras destapó el frasco, para luego revisar el baño y ponerlo en orden.
- Gracias, me voy a dormir. Hasta mañana.